

## **De las fotocopias al simulacro: Gamberro lector de Fogwill**

Lara Segade

Existe toda una leyenda en torno a la escena de escritura de *Los pichiciegos*, la primera novela sobre Malvinas.<sup>1</sup> Según ha relatado Fogwill en innumerables entrevistas, conferencias y artículos, en el momento en que estalló la guerra, vivía en el mismo edificio que su madre. Un día fue a visitarla y la encontró mirando televisión: Hundimos un barco, le dijo. Fogwill volvió a su casa y escribió: “mamá hoy hundió un barco”. Ese fue el comienzo. El resto de la novela fue escrito entre el 11 y el 17 de junio de 1982, de un tirón, sin dormir y con doce gramos de cocaína.<sup>2</sup> A veces, la cantidad de días son menos y los gramos de cocaína son más, pero en todos los casos se trata de una escritura veloz, urgida incluso, y simultánea respecto de la guerra. A la velocidad de la escritura se suma la velocidad de la primera circulación: en fotocopias, de mano en mano. Fogwill cuenta que “La novela tuvo al principio unos catorce ejemplares, y después fotocopias, que se editaron en Brasil. Ponele que esos catorce ejemplares los hayan leído tres personas cada uno. Hay setenta y dos lectores del libro antes de que termine la guerra”.<sup>3</sup> Entre estos, pudieron contarse: Jorge Asís, Sergio Bizzio, Charlie Feiling, Beatriz Guido, Jorge Lafforgue, Enrique Pezzoni, Néstor Perlongher, Ana María Shua.<sup>4</sup>

Estas cuestiones se vuelven relevantes porque si verdaderamente la novela fue escrita y comenzó a circular antes de que terminara la guerra o al menos antes del regreso de los primeros soldados, se vuelve anticipatoria respecto de la derrota argentina y de los

---

<sup>1</sup> Fogwill, Rodolfo, *Los pichiciegos*, Buenos Aires, Interzona, 2006. Todas las citas pertenecen a esta edición, a menos que se indique lo contrario. Los números de página se indican entre paréntesis.

<sup>2</sup> Fogwill, Rodolfo, “Nota del autor a la séptima edición”, en *Los pichiciegos*, Buenos Aires, El Ateneo, 2010, pp. 9-11.

<sup>3</sup> Kohan, Martín, “Fogwill, en pose de combate”, en *Ñ*, suplemento cultural del diario *Clarín*, Buenos Aires, 25 de marzo de 2006.

<sup>4</sup> Munaro, Augusto, “Fogwill y *Los pichiciegos*: Visiones de una batalla subterránea”. Disponible en: <http://www.losandes.com.ar/notas/2010/8/21/fogwill-pichiciegos-visiones-batalla-subterranea-509326.asp> (Fecha de consulta: 8 de febrero de 2013)

modos en que los soldados habían vivido en Malvinas entre abril y junio. En efecto, muchas de las lecturas que recibió la novela tienden a poner el acento en esta capacidad anticipatoria, algo similar a lo que ocurrió con “Los pasajeros del tren de la noche”, un cuento que Fogwill escribe en 1980 y publica en 1981 incluido en *Música japonesa*, y en el cual, en palabras del mismo Fogwill:<sup>5</sup> “La guerra vino a estropear el efecto esperado de una alegoría de las marchas de los jueves de Plaza de Mayo”.<sup>6</sup>

Claro que, a menos que uno esté dispuesto a conceder que Fogwill tenía poderes, no se trata verdaderamente de una adivinación sino de un cálculo, realizado sobre la base de una lectura inteligente de la realidad.<sup>7</sup> En efecto, más de una vez Fogwill afirmó que era posible deducir la guerra a partir de la dictadura y deducir la forma que adoptaría la democracia a partir de Malvinas.<sup>8</sup>

En *Los pichiciegos*, esas relaciones entre la guerra, la dictadura y la democracia que son el eje fundamental en que se despliegan el cálculo y el acierto de Fogwill, se vinculan con lo que constituye una suerte de marco narrativo de la novela: los encuentros entre Quiquito, el único pichiciego sobreviviente, y un hombre que lo escucha y graba lo que él dice. Es en esos encuentros donde aparece una reflexión sobre las posibilidades de transmisión de la experiencia bélica. Permanentemente, Quiquito le pregunta a su interlocutor si lo entiende, si le cree, si está grabando y por momentos se enoja ante la presuposición de que no.

---

<sup>5</sup> Pruneda Paz, Dolores, “Fogwill: la realidad es un ensueño compartido y plausible”. Disponible en: <http://vos.lavoz.com.ar/content/fogwill-la-realidad-es-un-ensueno-compartido-y-plausible-0> (Fecha de consulta: 10 de marzo de 2013).

<sup>6</sup> Allí, se cuenta la historia de un pueblo al que un jueves cualquiera comienzan a bajar del tren soldados que retornan de una guerra. Desde el jueves siguiente, las madres de otros soldados comienzan a agolparse en el andén, a la espera, porque “las madres, que son tan resignadas para traer hijos al mundo y para servir a los hijos de ellas y a los hijos de otras, no saben resignarse cuando les faltan los hijos”. La conexión entre esos jóvenes que vuelven en mitad de la noche cuando ya todos los daban por muertos y esos otros jóvenes, “ni muertos ni vivos”, que sus madres esperan ver volver vivos parece así bastante evidente. Sin embargo, la guerra de Malvinas –y la atmósfera de oprobio y silencio que rodeó el regreso de los soldados– obturó esa lectura y desde entonces el cuento ya solo pudo ser leído como otra anticipación. (Fogwill, Rodolfo, “Los pasajeros del tren de la noche”, en *Cuentos completos*, Buenos Aires, Alfaguara, 2009, pp. 225-234).

<sup>7</sup> “Una vez le pregunté por “Los pasajeros del tren de la noche”, uno de mis cuentos favoritos. Narra el regreso de unos soldados a su pueblo natal. Vuelven en trenes, cuando los daban por muertos, sin que nadie avise a las familias. Parecía una evidente alusión a Malvinas. Pero el relato estaba fechado en 1980. Le pregunté cómo había escrito eso antes de la guerra, si había un error en la fecha. ‘Fue un cálculo’, me respondió” (Adur, Lucas, “Rodolfo E. Fogwill. La larga risa de todos estos años”. Disponible en: <http://www.revistacriterio.com.ar/nota-tapa/rodolfo-e-fogwill-la-larga-risa-de-todos-estos-anos/>).

<sup>8</sup> Son claros a este respecto los artículos que Fogwill publicó en *El porteño* en los inicios de la democracia y que luego fueron reunidos y publicados (Fogwill, Rodolfo, *Los libros de la guerra*, Buenos Aires, Mansalva, 2008).

Resulta especialmente significativa la ambigüedad de la figura del entrevistador, que en función de algunas de sus intervenciones durante los encuentros, que se llaman “sesiones”, podría considerarse un psicólogo.<sup>9</sup> El mismo Fogwill ha mencionado “la escena del psicólogo” y ha hecho referencia a la incompreensión de los psicólogos que atendieron a los soldados a su regreso de Malvinas, de modo que el personaje bien podría aludir a ellos y parodiarlos.<sup>10</sup> Por otra parte, el hecho de que los encuentros se graben, sumado a las menciones a la preparación de un libro, apunta a la idea de que se trata de un periodista. Algunas de las preguntas que el personaje formula a Quiquito refuerzan esta idea. Por último, el entrevistador se convierte por momentos en escritor y *alter ego* de Fogwill, ya que, como él, acaba de publicar el libro de cuentos *Música japonesa* –que incluye, recordemos, “Los pasajeros del tren de la noche”–.

Hay que destacar que, con excepción de Beatriz Sarlo, quienes más se han preocupado por la crítica de Fogwill han sido no solo escritores sino, también, autores de novelas de Malvinas: me refiero, sobre todo, a Martín Kohan y a Carlos Gamerro. Si bien se trató en general de lecturas preocupadas por los modos en que la novela daba cuenta de la guerra, producía una verdad en torno a ella o anticipaba su resultado, cuestiones incluidas en el problema más amplio del realismo; en general, se prestó poca atención a la escena del entrevistador, que es donde más fuertemente se ponen en juego.

Para Beatriz Sarlo, *Los pichiciegos* debe ser leída como la gran novela realista de los ochenta”, aunque aclara que el realismo hoy solo puede pensarse como “una situación completamente imaginaria cuyos hilos se prolongan hasta tocar las coordenadas verdaderas de la guerra”.<sup>11</sup> La literatura, entonces, aparece como una zona de producción de verdades que puede competir con el registro periodístico. Hay que destacar que, en el mismo momento en que comienzan a circular las fotocopias de *Los pichiciegos*, el periodista Daniel Kon realiza las primeras entrevistas a los soldados que en 1983 serán publicadas como *Los chicos de la guerra*.

---

<sup>9</sup> Por ejemplo: “Calentarse. Estuvimos dos semanas hablando sobre el frío y ahora llegamos a la cuestión de calentarnos...” (139).

<sup>10</sup> Schettini, Ariel, “Conversación con Rodolfo Fogwill”. Disponible en: <http://calamaro.mforos.com/42714/5909347-la-periodica-revision-dominical-comosifueramosamisalososdosjuntosachupardedos/?pag=2> (Fecha de consulta: 9 de marzo de 2014)

<sup>11</sup> Sarlo, Beatriz, “Sueño de la razón argentina”, en *Escritos sobre literatura argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, p. 454.

El mismo Fogwill alentó la idea de una competencia entre ambos libros: “Para mí fue un golpe lo de *Los chicos de la guerra*. Primero, porque me lo robaron —me lo robó la Editorial Galerna, que conste—, y segundo, porque creó una mitología, muy parecida a la de Pichis, que podía impedir la venta de mi libro”.<sup>12</sup> Claro que, cuando le preguntan por la posibilidad de leer *Los pichiciegos* como una novela realista, Fogwill contesta: “No tuve ninguna preocupación al respecto mientras escribía, al publicar ni ahora mismo tengo preocupaciones de ese tipo. Claro que no es ‘realista’ ni permite una ‘lectura realista’. Por lo demás, no hay lectura alguna que sea ‘realista’ y a los realistas los derrotó en su momento nuestro General San Martín”.<sup>13</sup> Y la posibilidad de un registro directo de la guerra es parodiada en la novela por medio de los sociólogos, que andan por el campo de batalla haciendo siempre las mismas preguntas inútiles —si tienen hambre, si creen que Argentina va a ganar— a los soldados que “hacía diez días que no veían ración caliente y que ya no podían ni aguantar el fusil” (71) y que finalmente desaparecen porque lo único que conseguían era que los soldados se rieran de ellos.

Dejando a un lado la posible contradicción, que en un hombre del afán polémico de Fogwill no debe preocupar demasiado, esta última posición resulta un buen punto de partida para abordar la tercera de las personalidades posibles del entrevistador: escritor, *alter ego* de Fogwill, autor de “Los pasajeros del tren de la noche”. Aquí, la mitología —por usar sus términos— que despliega la novela es muy diferente de la de los relatos testimoniales.

Ha sido Carlos Gamerro quien ha propuesto una lectura de *Los pichiciegos* en esta línea al afirmar que no puede ser leída como una novela realista. Para Gamerro, la guerra de Malvinas fue, desde el principio “una guerra de ficción: ficción imaginada por la dictadura y escrita por la revista Gente”.<sup>14</sup> Y ¿qué puede hacer la ficción frente a esa otra ficción? Extremarse: alejarse todo lo posible del ámbito de la verdad. Esa es, para Gamerro, la respuesta de Fogwill. En consecuencia, solo es posible leer *Los pichiciegos* como relato imaginario: totalmente autónomo de cualquier experiencia. En este marco se vuelve

---

<sup>12</sup> Kohan, Martín, “Fogwill, en pose de combate”, en *Ñ*, suplemento cultural del diario *Clarín*, Buenos Aires, 25 de marzo de 2006.

<sup>13</sup> Munaro, Augusto, “Fogwill y *Los pichiciegos*: Visiones de una batalla subterránea”. Disponible en: <http://www.losandes.com.ar/notas/2010/8/21/fogwill-pichiciegos-visiones-batalla-subterranea-509326.asp> (Fecha de consulta: 8 de febrero de 2013).

<sup>14</sup> Gamerro, Carlos, “El último pichiciego”, en *Radar*, suplemento cultural del diario *Página 12*, Buenos Aires, 29 de agosto de 2010.

relevante aquella frase “Mamá hoy hundió un barco”, que dio origen a la novela, ya que no solo se trata de una ficción, sino que además se asocia con los medios de comunicación “autores” de la ficción de Malvinas. Así se explica, según Gamarro, la urgencia de la escritura y la circulación: Fogwill tuvo la intuición de que tenía que terminar antes de que comenzaran a volver los soldados, antes de que comenzaran los testimonios, antes de que apareciera la verdad de la guerra.<sup>15</sup>

A la hora de escribir su propia novela de Malvinas, *Las islas*, publicada en 1998, Gamarro intenta un gesto parecido e, incluso, sube la apuesta.<sup>16</sup> Según cuenta, entonces hizo dos lecturas –en sentido amplio–: entrevistó a ex combatientes, pero no le sirvió de mucho, pues habían retornado “lacónicos” –“Me miraban como si supieran de antemano que yo no iba a entender, que las mismas palabras significarían, para nosotros, cosas diferentes...”–. Más productiva fue, en cambio, la lectura de su gran antecesora, *Los pichiciegos*. Pues como él mismo descubrió tras el laconismo de los soldados, “la pobreza de la experiencia puede ser suplida por la riqueza de la imaginación y, sobre todo, por el trabajo de la escritura, que no siempre el que ha tenido la experiencia será el que mejor la cuente”. Así, Gamarro cuenta que leyó *Los pichiciegos* con un poco de temor, mientras escribía *Las islas*, pero terminó por descubrir, con alegría, que Fogwill le había hecho un favor: había ganado la guerra para la literatura.<sup>17</sup>

Con cierta lógica, entonces, algo de la lectura de Gamarro aparece en su propia escritura. Me detendré aquí en dos escenas de *Las islas*, para tratar de rastrear esta lectura y pensar en la propuesta narrativa que se configura en ella.

En la primera escena, Felipe Félix, ex combatiente de Malvinas y hacker, construye un videogame de la guerra. Su objetivo es regalárselo a Verraco, un militar que fue su antiguo jefe y que ahora trabaja en la SIDE, para distraerlo y poder sacar información que

---

<sup>15</sup> En una charla organizada por la Biblioteca Nacional con ocasión de la conmemoración de los 30 años de la guerra, Carlos Gamarro sostuvo una reflexión interesante en relación con estas cuestiones, que glosó a continuación: Es curioso que frecuentemente en países con dictaduras o contextos de censura en algún momento se ponga en escritores el peso de decir la verdad. Pasó acá en los 80 con Sábato, pasó con Vargas Llosa en Perú (en tiempos de Sendero Luminoso encabezó la comisión investigadora). El escritor se erige en figura que da credibilidad. Fogwill buscó escapar de ese lugar de credibilidad, de ese lado de la verdad tan difícil para un escritor.

<sup>16</sup> Gamarro, Carlos, *Las islas*, Buenos Aires, Simurg, 1998. Todas las citas pertenecen a esta edición; los números de página se indican entre paréntesis.

<sup>17</sup> Gamarro, Carlos, “Tierra de la memoria”, en *Radar*, suplemento cultural del diario *Página 12*, Buenos Aires, 11 de abril de 2010.

necesita de las computadoras de ese organismo. En el juego modelo que recibe de Estados Unidos, la guerra de Malvinas no existe entre las que vienen “armadas”, por eso Félix decide “combinar cachos de guerras mayores para simular la nuestra” (82). Elige entonces “la Primera Guerra Mundial para los combates terrestres” (83), pero moderniza un poco los armamentos. Como soldados argentinos usa a los iraquíes, y como Puerto Argentino, un pueblo noruego. De gurkhas pone a las tortugas ninja, que saca de otro videojuego. Apremiado por el empresario que lo contrató para conseguir los datos en la SIDE y por su propia necesidad económica, pasa dos días tomando cocaína, sin dormir y sin detenerse, hasta alcanzar un estado de estupefacción y extrañeza tal que termina por confundir la virtualidad del juego con la realidad de la guerra.

La medida temporal –dos días–, la urgencia, la cocaína y la atmósfera de irrealidad resultante hacen que esta esta escena recuerde a la de la escritura de *Los pichiciegos*. Fogiwill se refirió en una ocasión a la escritura de su novela como un experimento realizado a partir del entrecruzamiento de distintos saberes. Del mismo modo Félix construye, con los fragmentos de otras guerras, una versión de Malvinas en la que Argentina gana –tal la historia del videojuego–.<sup>18</sup>

La segunda escena en la que quiero detenerme es aquella en que un ex combatiente, Emilio, da testimonio de lo que pasó en Malvinas. Emilio es, como Quiquito, el único sobreviviente de su pelotón que, de un modo similar a los pichis que eran “medio muertos”, pasó a la historia como el pelotón fantasma. De esa aventura solo queda su relato. Pero Emilio está internado en el Borda y además tiene alojada una bala en el cerebro que le provoca afasia. Vagamente, en su relato un misterioso ente va pasando de tanque inglés a “tutú con arnés a ta-te-tí otra vez hasta estabilizarse en tatú cordobés” (64). En vano, Félix y otros a lo largo de la novela intentarán reconstruir su estructura original para utilizarlo como fuente de información. La escena remite al testimonio de Quiquito, pero es mucho más delirante: el consultorio del psicólogo se convirtió en hospital psiquiátrico; la dificultad de transmitir la experiencia, en imposibilidad y el relato inverosímil, en discurso psicótico.

---

<sup>18</sup> “Fue un experimento mental. Me dije: ‘Sé de...’ Yo sabía mucho del Mar del Sur y del frío, porque yo sufrí mucho del frío navegando. Sabía de pibes, porque veía a los pibes. Sabía del Ejército Argentino, porque eso lo sabe todo tipo que vivió la colimba. Cruzando esa información, construí un experimento ficcional...” (Kohan, Martín, “Fogwill, en pose de combate”, en *Ñ*, suplemento cultural del diario *Clarín*, Buenos Aires, 25 de marzo de 2006).

Estas escenas, entre otras, permiten postular que *Los pichiciegos* es una de las múltiples historias de Malvinas que *Las islas* absorbe para desarmarlas y rearmarlas en casi infinitas combinaciones como en un caleidoscopio.

Este trabajo de apropiación y reconfiguración de los discursos y también de las imágenes –como ocurría en la escena del videojuego– se realiza muchas veces a través de diversas formas del simulacro, a las que se ha referido abundantemente la crítica literaria, a partir del artículo inaugural de Martín Kohan, “El fin de una épica”.<sup>19</sup> En efecto, en *Las islas* todo se simula: los ex combatientes representan un combate naval en los lagos de Palermo, en el que intentan invadir la isla del medio con barquitos a pedal, un paracaidista inglés y un soldado argentino se enfrentan en una lucha de Titanes en el Ring. Ignacio, uno de los compañeros de Félix construye una maqueta de Puerto Argentino en el sótano de su casa. Cuando esté terminada, se utilizará para simular el bombardeo inglés del 1 de mayo.

Sin embargo, tras destacar la importancia del simulacro en la novela, Kohan señala también sus límites; fundamentalmente, su distancia respecto de las conceptualizaciones de Baudrillard, para quien el simulacro, noción central de la posmodernidad, termina por anular la distinción entre original y copia.<sup>20</sup> Pues los simulacros de la guerra y de las islas en la novela no son nunca copias exactas sino que manifiestan una diferencia.

Creo que esta diferencia es fundamental para leer *Las islas*, ya que es siempre una zona de productividad: en el videojuego, Argentina gana la guerra; así, Félix consigue distraer a Verraco y conseguir la información que necesita en la SIDE. Del mismo modo, el tatú cordobés en que Emilio convirtió al tanque inglés es fuente de una enorme mitología malvinense y hasta nacional, reconstruida en el diario del Mayor X, incluido como texto en la novela.<sup>21</sup>

Así, existe una productividad ficcional del simulacro, como existe una productividad narrativa de la lectura. En la relación entre el original y sus simulaciones –ya que no se trata de copias– que propone esta novela puede buscarse tal vez una idea de la

---

<sup>19</sup> Kohan, Martín, “El fin de una épica”, *Punto de vista*, n°64 (1999), pp. 6-11.

<sup>20</sup> En relación con estas nociones, Baudrillard llegó a afirmar que la guerra del Golfo Pérsico nunca había tenido lugar. El principal argumento a favor de esta polémica lectura del conflicto fue que el exceso de virtualidad –por la puesta en información antes que en acto de la guerra, por las amenazas, por las estrategias de disuasión, por la televisación permanente– terminó por debilitar el acontecimiento (Baudrillard, Jean, *La guerra del golfo no ha tenido lugar*, Barcelona, Anagrama, 1996).

<sup>21</sup> ¿Puede leerse, quizás, esta inclusión como una versión ficticia de *Música japonesa*, incluida en *Los pichiciegos*?

lectura como origen de la escritura; en plena década del noventa, cuando parece que de todo ya se ha hablado. Incluso, en *Las islas* la lectura –y, ante todo, la lectura de ficción– es una condición para la memoria. Félix recordará la guerra después de encontrarse con todas las representaciones, ya mediadas, de la guerra. Es un mundo de lecturas y reescrituras en que la ficción tiende a absorberlo todo.<sup>22</sup> Así, parece que al menos por unos años nada podrá venir de afuera a modificar la lectura, como había sucedido en la década anterior con *Los pichiciegos* y “Los pasajeros del tren de la noche”.

---

<sup>22</sup> Al señalar los límites de los simulacros en *Las islas*, Martín Kohan afirma que en estas escenas “por debajo del simulacro hay otra representación que se liga con la experiencia y que, por lo tanto, involucra la realidad de los cuerpos”. Así ocurre, por ejemplo, en el episodio de la “ingesta de Malvinas”, en el que en un festejo los ex combatientes comen una torta con la forma de Malvinas y al hacerlo descubren que algo del gusto o la textura del bizcochuelo recuerda a la turba malvinense, “una verdad que sólo se advierte desde la experiencia del que estuvo en la guerra” (Kohan, Martín, “El fin de una épica”, *Punto de vista*, n°64 (1999): p.9). También es posible pensar, sin embargo, que lo que la torta y los otros simulacros de la novela producen es la inclusión de la experiencia en un relato ficcional.